

Palabras del Excelentísimo

Sr. D. Andrés Ollero Tassara

MAESTRO DEL SABER ESTAR

El justísimo homenaje a la memoria de D. Sabino Fernández Campo me provocaba una embarazosa perplejidad. Mi aún breve ejecutoria en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas invitaba a un cortés ejercicio de economía procesal, evitando convertir este acto en interminable. Por otra parte, sin embargo, se daba la circunstancia de que fue precisamente mi progresivo acercamiento a la Academia lo que me concedió el preciado regalo de su amistad. No intervenir, siquiera simbólicamente, en esta natural conmemoración habría podido sugerir una indiferencia totalmente ajena a la realidad.

Mi aprecio hacia la figura de Sabino Fernández Campo arrancaba, como es lógico, de muchos años antes. Su papel dentro de la Casa del Rey generaba ese callado protagonismo que irradiaba la autoridad moral. A sus virtudes castrenses, con una ejemplar vivencia de la lealtad, se unía un entre nosotros poco frecuente sentido institucional; ese apreciable saber estar tan escaso en nuestra vida pública. Bastaba seguir con interés la coyuntura pública para que su latente anonimato fuera nítidamente percibido. Los sucesos del 23-F resaltaron tan sólo una sensación largo tiempo consolidada. Cuando, lo que resultaba inevitablemente frecuente, se suscitaba tal circunstancia, salía del paso con un hermetismo socarrón. Aún recuerdo cómo, con ocasión de uno de los trabajos fílmicos dedicados al evento, me comentaba en el recoleto ascensor de la Academia: “con unos cuantos así quizá llegue a enterarme de lo que pasó”; a la vez que lamentaba que el actor que le representaba no uniera a su encomiable profesionalidad mayor esbeltez física, sugiriendo incluso su apuesta para un posible *casting*.

Ese institucional saber estar se plasmaba en una medida distancia, que para el mero espectador podría malinterpretarse como frialdad. De ahí que cuando, gracias a los buenos oficios de un amigo común, le solicité una entrevista, me sorprendiera particularmente el calor de su acogida y la sencillez llena de espontaneidad de su trato. La verdad es que el trañín, no siempre agradable, previo al acceso a una Academia, regala no pocas veces experiencias de este tipo, capaces de darlo por provechoso cualquiera que fuere el resultado. Esa acogida, poco proporcionada dados mis años y mi escasa relevancia, le llevó incluso a convertirse en uno de los tres académicos que suscribieron la propuesta de mi candidatura. Cuando algún tiempo después, al iniciar mi discurso de ingreso, apunté que “si el prestigio de esta Casa es siempre inmerecida dádiva, lo es más aún para mí su principal correlato: la posibilidad de disponer de feliz motivo para el periódico encuentro y abierto diálogo con compañeros como vosotros, a las que por tantos motivos de rigor intelectual y de ejemplaridad pública vengo admirando personalmente desde hace años”, su figura ocupaba sin duda en el sentimiento que expresaba un lugar preeminente.

Tuve, por otra parte, la fortuna de experimentar esa cercanía que Sabino buscaba, quizá para resarcirse de tantas obligadas distancias. Su notable sociabilidad y su exquisito trato encontraba campo de juego en más de una tertulia o en comidas periódicas en grupos tan reducidos como plurales. No sólo el arrimo a la patria chica asturiana podría provocarlo, aunque esto haya que darlo por descontado; en mi caso, el maestro de ceremonia era Fernando Aldana, que reunía en torno al mantel a un interesante conjunto, del que también formaba y forma parte nuestro compañero D. Manuel Fraga, así como quien con la triste circunstancia de su fallecimiento provocó mi ingreso en tan recoleto ámbito, al encontrar el convocante no se qué simétrico perfil: Rafael Termes.

En esas ocasiones, nuestro añorado Presidente aportaba siempre sus sabrosos comentarios y no rara vez sus elocuentes silencios. Todo un regalo para quienes con toda lógica disfrutábamos oficiando de oyentes.

Dejo a mis más experimentados compañeros la exigible tarea de rememorar sus impagables aportaciones a la Academia, que tuvieron ocasión de constatar con mayor trayectoria y que yo empobrecería con alguna torpe alusión fragmentaria. De ahí que haya preferido introducirme en este justo homenaje evocando aspectos cálidos de su gran humanidad, tanto más patentes para mí al llover sobre un campo largamente abonado por una merecida admiración.